

La Intoxicación Cultural del Hombre

BRUNO C. JACOVELLA

La concepción católica del mundo posee de dos sabidurías que son la garantía de su inmortalidad. Una, práctica: que hay que conducirse aquí como en una etapa de paso, acumulando mediante la caridad y la ascesis, méritos para la existencia definitiva. La otra, teórica: que el mundo es un organismo, es decir, una combinación inescindible de bien y mal, razón y vida, líneas y colores, ser y devenir, libertad y coacción, naturaleza y cultura, Dios y criaturas, etc. Esta organicidad o solidaridad viva del mundo está dada, y no puede modificarse. Sus componentes pueden distinguirse sólo con el pensamiento; en cuanto se quiere llevar el análisis al campo de la voluntad o acción, el mundo se desintegra: en lugar de discernir, se desune.

El proceso histórico de la desintegración del mundo tiene tres etapas bien conocidas: 1º) La Iglesia, mediante sus teólogos, parcela la realidad mentalmente; 2º) El movimiento humanista y racionalista que empieza en la Reforma y termina en la Ilustración aparta a Dios del mundo y lo deja a éste parcelado y sin su raíz organizadora; los filósofos y hombres de ciencia reemplazan a los teólogos; 3º) La dialéctica marxista materializa, realiza, lleva a la historia, o hipostasia, como se dice, ese proceso de parcelamiento, y siguiendo el sentido de la filosofía romántica, no se limita a desorganizar derechamente el mundo, sino que después de separar sus partes echa a unas contra otras.

Estos tres períodos de la desintegración actúan en todas las dimensiones de la existencia. En el que más interesa a la pedagogía, el del hombre como un ser individual en marcha o en despliegue, se da también obviamente. En la primera etapa, o de la Tradición, el hombre es nada en sí mismo, y sólo tiene sentido como heredero fiel o infiel del reino de Dios. En la segunda, o de la Ilustración, hay dos períodos; 1º) El renacentista, humanista o de la Reforma, en que el hombre es todo, pero como representante de Dios en el mundo, y 2º) El de la Ilustración propiamente dicha, en que el hombre es todo como fin en sí, como representante de sí mismo, y a la búsqueda del reino de Dios sucede el pleno despliegue o cultivo de la personalidad del hombre, ora individualmente (*Bildung* o cultura), ora colectivamente (civilización, o educación para el civismo, en el sentido de la racionalización de la existencia). En la tercera etapa desaparecen Dios y el mismo ideal de la "*Bildung*" (o edificación interior del individuo con sus propias fuerzas); desaparece toda postulación del tipo ontológico, que contenga un término de reposo, o sea, el ser; el movimiento llena la existencia, todo es transición, la "*inquietud*" (en la esfera intelectual y emocional), la rebeldía (en la esfera de la acción) reemplazan a los antiguos fines del hombre, y la vida de éste se transforma, ora en una continua vibración, ora en un continuo batallar de partes de él y de sus obras contra otras partes de él y de sus obras.

Tradición, Humanismo y Marxismo luchan, pues, a lo

largo de la historia contemporánea en un combate confuso, cuya culminación se producirá por lo que se está viendo en esta segunda mitad del siglo. Las tres concepciones tienen poderosos representantes en la historia actual.

Sostienen a la Tradición la Iglesia Católica y la desmantelada cristiandad ortodoxa, la aristocracia terrateniente, la institución familiar, el militarismo y los propietarios en general. Sostienen el Humanismo los Estados liberales o democráticos, las iglesias protestantes en general, el comercio y la banca (o sea, el capital flúido), los intelectuales (sobre todo, ensayistas y demás fragmentarios, que representan a la inteligencia flúida), la Masonería en todas sus ramas, la escuela pública, la prensa y, en general, los medios de difusión (Obsérvese que en el Humanismo hay elementos cuya religiosidad tiende hacia el "bando del Ser", o Tradición, y otros cuya fluidez tiende al "bando del Devenir", o Marxismo). Sostienen al marxismo los Estados socialistas y, potencialmente, la clase obrera, instrumentada desde luego por los profetas de la revolución permanente, que, dicho sea de paso, no tardan en caer triturados por los engranajes de la diabólica máquina que han contribuido a plantear y poner en movimiento.

La historia actual se mantiene así en un equilibrio inestable, en una situación de tensión permanente y dolorosa. Donde la Tradición es fuerte, la Ilustración o Humanismo se une al Marxismo; donde el Marxismo es fuerte, se une a la Tradición. La posición humanista coincide bastante con la llamada clase media, que es, con los comerciantes, banqueros e intelectuales, la clase urbana por excelencia, ya que la aristocracia terrateniente, los guerreros, los trabajadores y parte de la misma Iglesia no tienen pleno sentido sino en la tierra, las fronteras, los países de misión.

Esa terrible clase media —terrible por lo versátil y anárquica, oscilando continuamente entre el Ser y el Devenir, la Tradición y el Marxismo— se ha vuelto así como el niño regalón de esta segunda mitad del siglo. La misma la Tradición para oponer una valla infranqueable al poderoso Marxismo; y la misma el Marxismo para abatir definitivamente a la Tradición. En Italia y Alemania ha triunfado la primera; y se puede decir que en todo el mundo también, al menos en este mismísimo instante de leve retorno a la derecha y descalabro de los frentes populares. Pero si la Tradición se robustece mucho, Ilustración y Marxismo, clase media y clase obrera, volverán a unirse para impedir la consolidación definitiva de la Tradición.

Hemos visto dos manifestaciones del magno proceso en los planos de la educación y la política. En el de la cultura repercute también conspicuamente. Tanto más cuanto que el concepto de cultura como suma de saber más excelso del hombre para hacer desplegar la individualidad humana "con sus propias fuerzas" (y por eso la

Cultura, desde la era moderna, se contrapone a la Religión) es, más que un campo de lucha, uno de los bandos que combaten. Sin embargo, con la definición dada ya se indica que la cultura tiene dos momentos: 1º) como cultivo de la personalidad, o proceso del despliegue o formación del hombre individual; y 2º) como suma de obras del hombre, no como individuo, sino como colectividad. Todo en el Humanismo es peligro; aclaramos: peligro, no mal; y hay así en él dos peligros.

El primer peligro del Humanismo es el resultado de quitar la meta trascendente a la carrera del hombre; la "Bildung" viene a ser entonces una dinámica Torre de Babel, que nunca se termina. Ir a Dios por el camino derecho de la Revelación puede parecer aburrido a veces, pero se llega; en cambio, buscarlo a tientas en la selva exuberante de la Cultura, o de la Ciencia, será una aventura estúpida, pero lo más común es que no se llegue: ni a Dios ni a ninguna parte, y uno se queda tendido en el piso de la torre babilónica que acaba de construir y que siempre cree ser el último.

El segundo peligro del Humanismo es la acumulación de herencias, de medios para desplegarse. Son tantos éstos, que no dejan volar. El erudito del prólogo de "La isla de los pingüinos" tuvo que salvarse por un tragaluz de ser aplastado por sus papeles. Y en ese sentido, sin duda, el que incendió la Biblioteca de Alejandría hizo un gran favor a Europa, pues sino hubiera tenido que rehacer desde el comienzo la aventura del saber, se habría convertido en otra Bizancio. El exceso de cultura es, pues, también un peligro. El individuo, que antes era demasiado emprendedor y creador, termina por volverse demasiado pasivo y consumidor. Ya no es "como Dios", pero se encierra, no en el mundo de la Naturaleza, creado por Dios, sino en el mundo de la Cultura, creado por el hombre. Si la cultura como proceso sin fin lleva al apartamiento de Dios, la cultura como invasión monopolizadora de la realidad lleva al apartamiento de la Naturaleza, a la lucha contra ella.

El espíritu humano ha vuelto a producir así una fractura del mundo, que se compone inescindiblemente de tres planos: el sobrenatural, el natural y el humano, en que los dos primeros se conjugan en una síntesis tan estúpida como peligrosa. El hombre no sólo ha sido creado para estar con Dios, como el Adán glorioso o a través de la extraordinaria aventura de la Caída; ha sido encargado también de realzar a la Naturaleza caída por el misterio intelectual del saber científico, según el profundo pensamiento del Maestro Eckhardt, de que el más pequeño ser de la naturaleza quiere ser conocido por el hombre y encuadrado en un concepto, para llegar así, a través del espíritu del hombre, a la presencia de Dios. Encerrarse, pues, en la cultura, en sí mismo y en sus obras, que son las dos faces del Humanismo, es una especie de intoxicación: la agnóstica y la cultural. El hombre se asfixia por falta de vida sobrenatural y de vida natural.

El mundo actual tiene, pues, tres caminos ante él. Pero no tres soluciones. La Tradición fue una solución: dentro de ella se da y se dio la gran tensión estimulante, no dolorosa, de la unidad y la pluralidad, y hasta el catolicismo de la Contrarreforma y el Jesuitismo aceptó el reto de la Cultura y la Ciencia dando el ejemplo de cómo el hombre podía discernir, parcelar mentalmente, los componentes y seres del mundo, sea como servidor de Dios

o inclusive como su plenipotenciario en él. El Marxismo, en cambio, es la destrucción del mundo, es decir, del cosmos histórico tridimensional, síntesis viva de Dios, Hombre y Naturaleza, en constante tensión recreadora y en marcha hacia una meta trascendente. El Marxismo da la impresión de que pretende abolirlo todo: Dios, el Hombre, la misma Naturaleza, para dejar solamente en pie ciudades y máquinas, servidas por una humanidad esquemática, vaciada de todo impulso, de toda libertad e inclusive de todo Eros (un curioso ideal socialista, que se afana por abolir el sexo, o al menos sus manifestaciones más destacadas, en cuanto eso viola una de las leyes de la gualdad, propia de la máquina y, en general, de la Cultura, pues ¿qué aparato u obra del hombre tiene sexo, o sea, puede amar y reproducirse?). El Marxismo, en suma, con su doctrina de la revolución permanente, o con su praxis de la deshumanización y mecanización del mundo, implica la destrucción de éste.

Pero no acaba aquí, en sus novísimos, o escatología, la historia del Marxismo. Hay en él dos elementos que provienen de la Ilustración o Humanismo: la primacía del Devenir y el monopolio de la realidad por la Cultura. El Marxismo no hace más que llevar a sus últimas consecuencias estas dos postulaciones implícitas de la era moderna. En eso no se equivocan los pensadores católicos: el individualismo es el padre del colectivismo, el liberalismo del marxismo; no se trata simplemente de echar a andar a una pierna sola por haber cortado el cuerpo por la mitad: es una real progenitura: en la Ilustración está la semilla del Marxismo, sólo que contenida por un fuerte sistema subsistente de tradiciones; desgastado ese sistema de contrapesos virtuales, la semilla se despliega libremente.

En consecuencia, ya ha dejado de ser también una solución el Humanismo. Lo único que puede esperarse de él es una putrefacción del mundo: no destruirá este maravilloso organismo con sus manos y sus máquinas, pero lo dejará sin alma vegetativa, sin "vis plástica", sin su componente sobrenatural que es el secreto de su vitalidad; y un organismo así, despojado de su principio de unidad, queda librado a la desintegración, cuyo aspecto más terrible es la putrefacción.

El mundo librado a la dirección de la Cultura, de la Inteligencia agnóstica, va más allá del error, de la "erración", del desconocimiento de Dios: cae en la "aberración", en el desconocimiento de la Naturaleza, que, con sus dimensiones demoníacas y todo, es obra maravillosa y exclusiva de Dios; no como la Cultura, que es obra también maravillosa, pero exclusiva del hombre.

No es de extrañar entonces que el llamado arte moderno, manifestación inequívoca de la intoxicación cultural de que hablamos, concite a la vez a los elementos móviles "inquietos", nihilistas de la sociedad, a los cultores de la irrealidad, entre los que sobresalen los "snobs", y a los infortunados militantes del tercer sexo, justamente el sexo que no existe y que, para conquistar su derecho a la existencia, lucha en todos los campos por abolir la norma natural como dimensión del mundo, en lo cual coincide impresionantemente con los austeros socialistas. Así como metiendo en la historia la distinción se creó la desintegración, metiendo en la carne y las obras del hombre el error o erración, se creó la aberración; y así la Cultura, que había de divinizar al hombre, termina intoxicándolo, paralizándolo y pudriéndolo.